

La sonrisa de la Hilandera

De todas las emociones, las sonrisas han sido las más complicadas de todas. El actual costurero está obsesionado con conseguir la sonrisa perfecta. Se pasa horas en su estudio, realiza una investigación. Hilos, muchos hilos por todos lados. En su rostro pedazos de cuarzo rosa se pueden notar. Hay un refrigerador especial, lo abre, sus manos tiemblan, su cara se ve pálida, toma un frasco, y, sin decir nada, su paciente espera en una silla. Con los ojos abiertos, más que abiertos, incrustados con un par de agujas para no cerrarlos. Tiene unos cuarzros rosados que atraviesan sus manos.

Se va a otra habitación, una especie de plastilina gris está en una mesa, en el mundo que habita, unos seres morados de hilo se mueven sin poder poner gestos. El silencio es grande, de no ser por los pasos del costurero se pensaría que uno está en el vacío. Lleva todavía el frasco en sus manos. Derrama un poco del líquido en el molde, espera pacientemente, ve cómo se van creando tejidos lentamente, solo, piel. Regresa con su paciente, lo observa, no dice nada, ha sido reportado como perdido en la ciudad. A lo mejor lo esperen, posiblemente no, no es relevante, en la dimensión del reflejo no podrán encontrarlo jamás.

–Costurero, el equipo está listo – con disgusto y sin palabras, el costurero voltea. Se toma su tiempo, espera a hablar en el momento adecuado.

–Los veré dentro de dos horas, espérenme donde siempre – sus ojos parecen no parpadear, tiene costuras en los ojos, los mantiene abiertos, igual en los costados de su sonrisa. Voltea a ver a su víctima.

Se mantiene en silencio, el tipo que le avisó, lo ve fijamente, se busca algo en sus bolsillos, un cuchillo. Pone la boca más seria, algo que podría parecer inverosímil porque todo el tiempo luce serio. Alza la camisa del tipo al que tiene en frente. No puede gritar, no puede moverse, pero puede escuchar y puede sentir, algo que el costurero siempre ha envidiado de los humanos, pueden gesticular libremente, y los reflejos, son patéticos, dan pena, necesitan de esos muñecos de hilo púrpura para poder sorprenderse si quiera. Una sonrisa es demasiado complicada, este proyecto no es nuevo, el costurero anterior ya había pensado en ello.

–¿Sabes?, mi maestro, el anterior costurero, siempre tuvo el sueño de que algún día, nuestros reflejos sonreirían tal como lo haces tú. Quizá deba decir, como lo hacías tú. Verás, ustedes tienen algo sumamentepreciado para mí, piel. Tienen muchas cosas que nosotros queremos, pero, en primera instancia, piel. Dentro de ti, hay un pedazo muy útil para nosotros, pero resulta ser que lo necesitas para vivir.

Se guarda su cuchillo, es una tradición que no puede romper. Ciertamente no cambiará el método solo porque lleve algo de prisa, le gusta la ciencia, y hace todo por ella, uno no puede comportarse como salvaje en la investigación, se requiere de una gran voluntad y disciplina. ¿Qué sería de la sociedad si no existieran tipos como él?

–Tu hígado, es sumamente útil para mí. Apparently puede crear piel como por arte de magia – toma una pluma, le toma el pulso y lo anota en una hoja cerca. – Bien, temperatura, de acuerdo con lo que parece normal – Te retiraremos varias cosas de ti, y por retiraremos me refiero a que yo lo haré. Estos cuarzos son muy especiales, este cuarzo rosa solo existe en esta dimensión, si fueras un reflejo entonces no te haría nada, descuida, no te daña, atraviesa tu cuerpo, pero no te daña, solo te impide moverte, descuida, sentirás todo, absolutamente todo.

Sonríe, toma algún líquido, se pone a pensar en su maestro, en cómo planeaba solucionar el problema de la sonrisa. La Hilandera, quien está obsesionada con los reflejos, adoraba la idea. El primero en el que experimentó fue en su alumno. Pero él sabía que se limitaba, que había cosas más allá en las que podría probar. No se rehusó a ser experimento de su maestro, al contrario, se mostró emocionado por formar parte. Las costuras se mantenían en su rostro, al igual que los trozos de cuarzo, eran un orgullo para él. Pero, algo le sucedió a su maestro, algo que no están seguros de qué pasó. Para cuando lo vieron de nuevo, tenía el rostro cosido con sus propias manos. Podía ver aún, tenía una sonrisa, una que provocaría miedo a cualquiera que lo viera. Fue declarado con demencia y desde ese día es prisionero entre cuarzos.

–Pero, yo sabía que esto podría ser real – contestó, a sí mismo, a sus pensamientos, más que al paciente. Tomó el cuchillo y con convicción realizó el trabajo. Serio como acostumbra.

Se marchó a lavar las manos, se miró al espejo, no dijo nada, después de eso, no hay nada qué decir. No sonrió, ni se puso triste, simplemente sabía que tenía una misión desde el día en que se le asignó ser el costurero. Era la convicción la que se le mostraba entre sus facciones. Se retiró, regresó a su lugar de estudio, un cuerpo frío y carmesí estaba en el centro de esa habitación. Se marchó a ver el cuerpo de plastilina gris, más piel había sido confeccionada. Ya había un rostro. Se le acercó a su oído, la plastilina no podría escuchar nada. Pero aún así le susurró algo:

—Pronto tendrán sentimientos y emociones, pronto, no estarás relleno de solo plastilina, mi querido reflejo. La sonrisa de la Hilandera por fin estará como ella quiere. Por ahora, por ahora... podríamos rellenarte con uno de los perdidos.

Suspiró, recordó que tenía un asunto que atender con los chicos. Se marchó de la habitación, a su aprendiz, en el camino, le dijo que se encargara de recoger todo el desastre. El chico sonrió, al ver los restos, se le acababa de ocurrir otra idea, muchos hilos estaban involucrados en ella, le emocionaba, Tal vez tuviera la sonrisa que quería más pronto de lo que pensaba. Quien sabe, después de todo, algún día su maestro dejaría de tener el puesto. Por su parte, el costurero se Integró al equipo, lo saludaron con gran respeto.

—Buenas noches, señores, ¿a dónde nos dirigimos hoy?

—Ciudad Aurora, costurero. Un chico perdido, nada fuera de lo común. No habrá gran diferencia en la ciudad con o sin él.

El costurero no dijo nada, se adelantó, sonrió, nadie lo vio, pero lo hizo. Le ponía contento tener otro paciente en su consultorio.